XXI Domingo del Tiempo Ordinario C

Al cielo en ascensor

"Uno le preguntó a Jesús: Señor ¿serán pocos los que se salven? El les dijo: Esforzaos en entrar por la puerta estrecha. Os digo que muchos intentarán entrar y no podrán". San Lucas, cap. 13.

A la iglesia de la Natividad en Belén, se llega por una puerta baja de escasos metro y medio de altura. La historia cuenta que al principio se ajustó la entrada, para impedir el acceso de animales. Más tarde, las guerras contra los turcos exigieron un segundo achicamiento, que obligaba a los invasores a arriesgarse de uno en uno, en posición vulnerable.

Al visitar esta basílica muchos recordarán aquella palabra del Señor: "Esforzaos en entrar por la puerta estrecha. Os digo que muchos intentarán entrar y no podrán". Así respondió el Maestro a alguno que le preguntaba: "Señor: ¿Serán pocos los que se salven?".

Porque quienes seguían a Jesús también se angustiaban sobre el futuro más allá de la muerte. Un cielo como plenitud de la persona, como comunidad perfecta, conocimiento pleno y amor sin fronteras, apenas se esbozaba en la mente de aquellos discípulos. Y mientras los judíos piadosos esperaban salvarse por el cumplimiento estricto de la ley, el Maestro señalaba una salvación por la limpieza interior y la honradez.

Jesús nos enseñó que la salvación no un hecho simple, como pasar la calle, saltar un bache, o atravesar una puerta. Es un proceso largo y dispendioso, con muchos obstáculos y frecuentes retrocesos. Lo sabemos por experiencia.

Y para alcanzar esta meta el Señor nos pide abandonar muchas cosas: El afán desmedido por los bienes materiales, las preocupaciones inútiles y los vicios, por consiguiente. Además nos invita a hacernos pequeños. Ya en otra ocasión El había dicho: "Si no os hacéis semejantes a los niños no entraréis en el reino de los cielos".

Santa Teresita del Niño Jesús, a quien Juan Pablo II declaró doctora de la Iglesia, presentó al mundo un novedoso método de vivir el Evangelio: El camino de infancia. El cual consiste en una actitud continuada de hijos ante el Padre bueno de los cielos.

Pero no conviene confundir la infancia espiritual con el infantilismo crónico que muchos cristianos padecemos: Nunca tomamos decisiones. Siempre dependemos de los demás. Somos irresponsables. Imitamos la conducta de Peter Pan, aquel niño que no quería crecer. Obsesionado por su seguridad, anhelaba siempre regresar a Kensington Garden, donde las hadas le protegerían día y noche.

Ser pequeños para franquear la puerta del cielo, es otra cosa. Es conocer a Dios, pero relativizar enseguida todo conocimiento. Es renunciar a tantos afectos que creíamos indispensables, simplificar la vida, avanzar con el alma a la intemperie, expuestos al Señor. Es coleccionar experiencia sin perder capacidad de asombro.

Tradicionalmente el camino hacia el cielo se comparó con el trepar a una escalera, la subida a una torre, o la ascensión a una montaña. Santa Teresita del Niño Jesús, frente a tales imágenes, se sintió desanimada. Por esto se alegró inmensamente al conocer en

ciertas casas de su pueblo natal, los ascensores que empezaban a usarse. Y comparó con ellos su camino de infancia.

En sus escritos nos explica: Cuando somos pequeños, Dios nos toma cariñosamente y nos levanta en sus brazos.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y